

La Hermandad universitaria y yo



Tal vez estaba cantado que acabaría perteneciendo a la Hermandad Universitaria. Tenemos los mismos años. Los dos vimos la luz en la primavera del año 1948, aunque yo un poco más tarde, ya en el mes de mayo. Mi padre estaba entre el grupo de congregantes marianos que decidieron crear, en el año 1947, una nueva hermandad de Semana Santa que recorriera las calles de Salamanca.

Una nueva hermandad que iba a aportar algo nuevo que aquellos primeros hermanos echaban en falta en la Semana Santa salmantina. El espíritu universitario. El debido homenaje de los estudiosos al que es origen de todo saber y a su Madre. Buscaron la exigencia austera del Evangelio unida al sacrificio y la meditación. De ahí un hábito pobre, unas cruces toscas y pesadas y el silencio que ayuda a la meditación y la oración. Para reforzar ese carácter universitario, el recorrido de la procesión se hacía (y se sigue ha-

ciendo) por el barrio universitario, con el acto más importante en el Patio Escuelas, ante la fachada de la Universidad. Quedaba fuera del recorrido la Plaza Mayor por lo que tenía de bullicio, ya que se suponía que distraería a los hermanos.

Mi relación con la Hermandad Universitaria, por lo tanto, empezó pronto. Recuerdo a mi madre quejándose siempre por la dificultad de planchar aquella túnica negra de mala tela y que, según ella, se arrugaba sola. Después, los hermanos se la llevábamos a mi padre que se encontraban reunido con el resto de los cofrades en la Clerecía. Íbamos poco antes de que se iniciara la procesión y buscábamos un buen sitio en la calle para verla. Asistíamos a todas las procesiones, todas nos gustaban, pero ésta era distinta, era la de la familia. A mi padre lo reconocíamos fácilmente, era el jefe de paso, y mi madre comentaba que era trabajo perdido planchar aquella túnica porque se arrugaba en el mismo momento que mi padre se la ponía.

No había niños cofrades. Sin embargo, sí había niños en la procesión del Martes Santo. Vestidos con las sotanas negras y los roquetes blancos de los monaguillos de la Clerecía recorrían arriba y abajo la fila de cofrades (entonces sólo desfilaba una única fila por el centro de la calle) cargados con sus cruces, pendientes de las zapatillas de éstos y cuando a algún hermano se le desataban las cintas de las zapatillas los niños se las ataban (hoy no hay niños para

atar las cintas de las zapatillas de los hermanos, ya no se desatan, las nuevas generaciones hacen mejor los nudos).

A los ocho años comencé a salir en la procesión. De ser un espectador pase a participar en ella. Ataba cintas desatadas, con un cuidado y una atención insuperables. No era hermano de la cofradía, pero, de alguna manera, me sentía parte de ella.

El bachillerato lo hice fuera de Salamanca. Durante varios años pasé la Semana Santa en el colegio. Decían que dada la brevedad de las vacaciones no merecía la pena que los internos nos desplazásemos a casa. Las cosas cambiaron a finales del bachillerato (creo que fue durante el sexto curso). Se nos permitió a los alumnos internos pasar esas vacaciones en casa y de nuevo



volví a salir en la procesión del Martes Santo. Ya no podía ir atando zapatillas desatadas. Alguien me prestó un hábito y por primera vez cargué con una de las cruces. Estuve desfilando en la procesión varios años antes de inscribirme como hermano dentro de la cofradía, pero desde aquella primera vez participé plenamente del espíritu de nuestra Hermandad.

Pero los tiempos que corrían eran duros. Durante la década de los sesenta, todas las cofradías sufrieron la pérdida de miembros. En algunas se suprimieron pasos porque no había hermanos que los portaran, a otros se les pusieron ruedas. Algunas cofradías desaparecieron. A la Hermandad Universitaria le afectó duramente esa crisis. La escasez de hermanos me convirtió en hermano de carga. No había suficientes hermanos para llevar el paso y me eligieron voluntario (yo mismo he practicado después ese procedimiento de captación varias veces). Pero, de todas formas no éramos suficientes. No completábamos el número de veinte. La carga resultaba pesadísima. No sabía si podría aguantar. Entonces se produjo el milagro. Yo estoy convencido de que el Cristo de la Luz y su Madre, la Virgen de la Sabiduría nos echaron un capote. Empezó a llover y hubo que cortar la procesión para regresar al templo.

Al año siguiente el número de hermanos fue aún menor. Ya no pudimos sacar el paso y la procesión se convirtió en un Vía Crucis con el Cristo de la Luz a hombros. Era el año 1970. Al año siguiente se pensó hacer lo mismo, pero la lluvia impidió salir a la calle. A partir de entonces toda la actividad de la Hermandad se redujo a una misa por los hermanos difuntos seguida de un Vía Crucis.

Aunque no existía desfile procesional, la hermandad no desapareció. El mérito fue de Adrián Juanes que todos los años nos convocaba a los escasos hermanos que quedábamos y que, de alguna manera, nos resistíamos a desaparecer. Y fue un hijo suyo, José Juanes, en el año 1977,

el que trajo la resurrección a la Hermandad. Con un grupo de gente muy joven, a los que nos unimos los pocos que quedábamos volvimos a desfilar por las calles de Salamanca. Como hacía siete años fue un Via Crucis presidido por D. Lamberto de Echevarría, con el Santísimo Cristo de la Luz portado por varios hermanos, sin carroza, y un Sábado Santo. Estábamos de nuevo en marcha. Éramos conscientes de que los peores tiempos habían pasado y la ilusión volvió a nosotros.

Al año siguiente, el Martes Santo, ya sacamos la carroza, aunque sólo con la imagen del Santísimo Cristo de la Luz. Teníamos miedo de no poder con el paso completo. La experiencia fue positiva y a partir de 1979 desfilamos con las dos imágenes titulares.

Fueron unos años que recuerdo con especial cariño. Apenas teníamos recursos, pero no nos asustábamos. Lo hacíamos todo. Reparábamos la carroza que empezaba a dar señales de envejecimiento. Comprábamos las flores en La Coruña, porque eran más baratas y nosotros mismos las colocábamos (tras espiar las técnicas utilizadas por los floristas que adornaban los pasos de otras cofradías). Cosíamos las faldillas del paso, etc. Todo eso nos obligaba a estar en la sede varios días a la práctica totalidad de hermanos. Minutos antes de la hora de salida estábamos aún ocupados, pero, milagrosamente, a las nueve y cuarto, puntualmente, se abrían las puertas de la Clerecía y se iniciaba el desfile procesional. Esa unión reforzó el espíritu de Hermandad.

Las cosas han cambiado con respecto a los primeros tiempos. Hemos mantenido conscientemente el espíritu universitario con el que nació la Hermandad. Seguimos manteniendo la austeridad, el sacrificio y el silencio como notas distintivas e irrenunciables. Pero hoy se admite a la mujer como miembro de pleno derecho (como no podía ser de otra forma) y a cualquier persona no universitaria que participe del espíritu de la Hermandad (antes sólo podían participar no universitarios que fueran congregantes marianos). Son cambios necesarios y positivos que nos alejan del anquilosamiento.

**FERNANDO ROMO
HERMANO MAYOR**



Hermandad del Amor y de la Paz

Sonidos, aromas, cruces, nazarenos, sentimientos, etc.. todas estas palabras son recuerdos que todos tenemos en relación a la Semana Santa, donde todos los años salen las Hermandades, Cofradías y Congregaciones, pero cada año es diferente a los anteriores.

Mis recuerdos no nacieron en esta ciudad de Salamanca, sino en la de Zamora, ya que durante parte de mi infancia residí en esta románica ciudad. Recuerdo que como niño que era, creaba mis propias procesiones con pequeños pasos e incluso con sus bandas, donde el tambor del detergente servía para aporrearlo de manera desacompañada, ¡pero que bien sonaba!

Ya cuando crecí y volví con mi familia a la ciudad que me vio nacer, aparecen nuevos recuerdos de imágenes, procesiones y visitas al Santísimo. Sobre todo tengo recuerdos de dife-



© Alfonso Barco

rentes procesiones donde acudía a verlas al lado de toda la familia, donde me explicaban por que a esta Hermandad se le llama la de los estudiantes, y por que a la otra, la de los comerciantes. Y por que esta es la procesión de los 14 pasos, y recuerdo contarlos, y mis tíos preguntándome cuantos habían pasado ya. Son recuerdos que cada uno de nosotros llevamos grabado en lo mas profundo de nuestros corazones, y que ha servido para

que el amor que sentimos por la Semana Santa sea fuerte e inquebrantable, y donde ante todo lo que prevalece es el amor a Nuestro Señor Jesucristo.

Poco a poco este amor por la Semana Pasional, fue a más y esto hizo que mis padres nos hicieran hermanos de la Hermandad del Cristo del Amor y de la Paz a mi hermana y a mi. Poco a poco este sentimiento crecía y crecía, y ya cuando llegaba la cuaresma, ya comenzaba a sentir el nerviosismo por la llegada de los actos de la Hermandad. Pero sobre todo el día de mayor nerviosismo era el Jueves Santo. Ya por la mañana, nada mas levantarme, subía rápidamente la persiana para ver si hacia buen día y después me preparaba en un momento para no llegar tarde al desayuno de hermandad. Nada más entrar en la Iglesia, era un mundo diferente, el olor a incienso, a velas, a flores frescas. Se palpaba el nerviosismo de los hermanos, con el andar de allí para allá. Los niños como yo, estábamos con los ojos como platos, viendo a los mayores cargando los pasos para colocarlos en el sitio justo, para prepararlos para la Salida Penitencial. Ya llegada la tarde, había que estar tempranito para ir a misa, ya en estos momentos el nerviosismo era total, es hora de ponerse ese hábito que año tras año mi madre prepara con todo el amor del mundo. Pero con el recuerdo con el que me quedo, es cuando me coloco delante de mi Cristo y de mi Virgen para poder verlos cara a cara y hablar con ellos.

Ya suenan en la puerta, un golpe, dos y tres, y ese sonido de arrastrar las puertas de lo que fue en su momento Iglesia, hace que me tranquilice, esa campana sonando a muerto y ese sonido de chascas y tablas, y el rachear de esas cruces pesadas que los hermanos llevan sobre sus hombros. De nuevo suena una pequeña campana que en su día la tocaba el hermano Chanete, y hoy el hermano Goyo, mi padrino, pero que los dos cuando la golpean, hacen que suenen como cantos celestiales. Ya en la calle todo es diferente, todo es tranquilidad, ya que quien esta en la calle no somos los hermanos, sino Ellos, Cristo del Amor y de la Paz y Maria, Nuestra Madre.



Ya el Jueves dejó paso al Viernes Santo, día de muerte. Y con la llegada del Sábado Santo, llega el momento de acompañar a Nuestro Señor, Stmo. Cristo de la Liberación por las calles más señeras de la ciudad de Salamanca. Esta Marcha Penitencial, tiene algo que nunca he podido expresar, por eso siempre digo que es mejor acompañar al Señor en ese traslado sepulcral por las calles charras y poder sentir esas sensaciones, esos sentimientos que soy incapaz de expresar, pero que cada Sábado Santo llevo en mi corazón. Pero si existe algo que puedo compartir con vosotros y es que esta imagen tiene algo que me llena de manera impresionante y es la vivencia que desde joven he tenido siempre unida a mi padre, el compartir la Fé por Nuestro Señor, llevándolo sobre nuestros hombros, en silencio, en penitencia.

Cuando veo la imagen del Stmo. Cristo cada Viernes Santo, al llegar a la Capilla del Colegio de los Irlandeses, siento tranquilidad, siento paz en mi interior es algo que se debe vivir y no contar, es algo que solo uno puede sentir y guardar para compartir junto con el Señor.

Son las 00.15 de la noche del Sábado Santo, todos los hermanos ataviados con sus trajes en el patio del colegio. Es el momento del recogimiento, de la oración, de silencio sepulcral y el principio de la penitencia. Después de un cuarto de hora da comienzo el entierro del Señor, momento de llantos, de oraciones, de plegarias, de suplicas de la ciudad de Salamanca. El coro canta ante el Cristo de la Tabla, mientras los hermanos que portan sobre sus hombros la imagen descansa. Se oye el silencio, y se ven las miradas puestas en las llagas del Señor, en su mano Liberadora, ofreciendo en todo momento su bendición de Amor y de Paz.

Para finalizar, solo quiero deciros que nunca debemos olvidar que ambas “Cofradías”, la vuestra y a la que pertenezco yo, compartimos el amor por nuestros Titulares Yacentes, Cristo Yacente de la Misericordia y el Stmo. Cristo de la Liberación, que representa la muerte de Nuestro Señor, pero una muerte llena de vida, una muerte liberadora llena de misericordia para el perdón de nuestros pecados. Amor y Paz, Hermanos.

ALEJANDRO MARTÍN ENCINAS
HERMANO MAYOR